

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado
Tercer curso
Historia

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado
Tercer curso
Historia

Fernando López, avisacoches y domador de pájaros (fragmento)

Camilo José Cela

En el paseo de la Castellana, a espaldas del ampuloso don Emilio Castelar y frente al nacimiento de la calle de López de Hoyos, esa calle que muere, si muere en alguna parte, cerca de Guadalajara, Fernando López, manco a cercén del izquierdo, avisacoches y hombre de bien, se adiestra, tarde a tarde y de taxi a taxi, en el noble oficio de amaestrar gorriones igual que un Félix Salten del asfalto o un San Francisco con municipal gorra de galones.

Ante su público de niñeras y guarderías, parejas enamoradas, viejos en declive y niños casi casi en ilusión, Fernando López, a pulso del brazo que le queda, reparte su pan y sus órdenes entre sus gorriones de revolucionario color gris, esos pájaros que semejan huelguistas decididos a todo; esos breves montoncillos de pluma que, si conocen la norma, es para despreciarla; si comen, es siempre un poco de puro milagro, y si obedecen, quizá no sea por otra cosa que por equivocación.

Amaestrar gorriones, como meter barcos en botellas o escribir la Salve en un grano de arroz, son oficios de presos, misteriosos oficios de hombres para quienes el reloj no suena ni el calendario ve volar sus hojas.

Aliado con la paciencia, esa virtud que se nutre, como un siniestro buitre, de nervios muertos, el domador de gorriones, nuestro Fernando López, el hombre que tiene el corazón lastrado de humildad, escribe, al solecico de la tarde de invierno, su mudo poema o su dibujo abstracto, su paisaje de líneas que el aire borra desconsideradamente, quizá para que los mirones aprendamos, o recordemos, aquello de lo hondo y lo efímero que con tanta frecuencia olvidamos.

El escritor, la otra tarde estuvo una hora larga, bajo el frío, mirando, igual que si acabase de estrenar sus ojos, para Fernando López, sus gorriones y su único brazo.

Fernando López hace lo que quiere y nada más que lo que quiere con sus gorriones, y los gorriones, es posible que en agradecimiento, hacen lo que quiere y nada más que lo que quiere Fernando López.

Fernando López que gana su pan y el de sus gorriones buscando taxis, ahuyenta a sus amigos cuando toca trabajar, y los llama cuando sus buenos oficios no son menester a nadie. Los amigos de Fernando López, mientras Fernando López busca un taxi, se suben al árbol más cercano a verlo hacer, y esperan, sin prisas, a que Fernando López como un capitán eternamente obedecido, vuelva a llamarlos. Las voces de “ven”, “sube”, “baja”, “al techo”, “al radiador”, “al tapón”, etc., suenan, casi sin sentido, en los oídos del espectador que asiste, casi sobrecogido, al espectáculo de ver lo bien que saben los gorriones del español.

Tomado de Cela, C. (1996). *Historias de Madrid*. Madrid: Editorial Popular, UNESCO.

Camilo José Cela (1916-2002). Escritor español, prolífico y representante de la literatura de posguerra; fue académico de la Real Academia Española y resultó galardonado, entre otros, con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1987, el Premio Nobel de Literatura en 1989 y el Premio Cervantes en 1995.

Boletín y elegía de las mitas (fragmento)

César Dávila Andrade

Yo soy Juan Atampam, Blas Llaguarcos, Bernabé Ladña,
Andrés Chabla, Isidro Guamancela, Pablo Pumacuri,
Marcos Lema, Gaspar Tomayco, Sebastián Caxicondor.

Nací y agonice en Chorlaví, Chamanal, Tanlagua,
Nieblí. Sí, mucho agonice en Chisingue,
Naxiche, Guambayna, Poaló, Cotopilaló.
Sudor de sangre tuve en Caxají, Quinchiriná,
en Cicalpa, Licto y Conrogal.

Padecí todo el Cristo de mi raza en Tixán, en Saucay,
en Molleturo, en Cojitambo, en Tovavela y Zhoray.
Añadí así, más blancura y dolor a la Cruz que trujeron mis
verdugos.

A mí tam. A José Vacancela tam.
A Lucas Chaca tam. A Roque Caxicondor tam.
En plaza de Pomasqui y en rueda de otros naturales
nos trasquilaron hasta el frío la cabeza.
Oh, Pachacámac, Señor del Universo,
nunca sentimos más helada tu sonrisa,
y al páramo subimos desnudos de cabeza,
a coronarnos, llorando, con tu Sol.

A Melchor Pumaluiza, hijo de Guápulo,
en medio patio de hacienda, con cuchillo de abrir chanchos,
cortáronle testes.
Y, pateándole, a caminar delante
de nuestros ojos llenos de lágrimas.
Echaba, a golpes, chorro de ristre de sangre.
Cayó de bruces en la flor de su cuerpo.

Oh, Pachacámac, Señor del Infinito,
Tú, que manchas el Sol entre los muertos.

Y vuestro Teniente y Justicia Mayor
José de Uribe: "Te ordeno". Y yo,
con los otros indios, llevábamosle a todo pedir,
de casa en casa, para sus paseos, en hamaca.

Mientras mujeres nuestras, con hijas, mitayas,
a barrer, a carmenar, a tejer, a escardar;
a hilar, a lamer platos de barro —nuestra hechura—.
Y a yacer con Viracochas,
nuestras flores de dos muslos,
para traer al mestizo y verdugo venidero.

Sin paga, sin maíz, sin runa-mora,
ya sin hambre de puro no comer;
solo calavera, llorando granizo viejo por mejillas,
llegué trayendo frutos de la yunga
a cuatro semanas de ayuno.
Recibiéronme: Mi hija partida en dos por Alférez Quintanilla,
mujer, de conviviente de él. Dos hijos muertos a látigo.

Oh, Pachacámac, y yo, a la Vida.
Así morí.

Tomado de Dávila Andrade, C. (1996). *Boletín y elegía de las mitas*. Quito: LIBRESA.

César Dávila Andrade (1918-1967). Poeta y narrador ecuatoriano, exploró con su obra los aspectos sociales y filosóficos de la existencia humana. Entre sus obras destacan *Trece relatos*, *Cabeza de gallo*, *Boletín y elegía de las mitas*, *Espacio, me has vencido*, entre otras.

El cimarrón

Luz Argentina Chiriboga

Al fugar el negro esclavo
volviéndose cimarrón
volaba en su maratón
y sin llevar ni un centavo.

El palenque lo esperaba
con el abrazo muy presto
él ya tenía su puesto
en el frente que anhelaba.
La guerrilla armada estaba,
debería ser muy bravo
comer ratones o nabo
si quería sobrevivir.
Changó salvó de morir
al fugar el negro esclavo.
Odiaba la esclavitud
por el trato que se daba
dieciocho horas trabajaba,
sin reconocer su virtud.
Esa negra multitud
fraguó la gran rebelión,
su máxima aspiración.
No soportó más sufrir,
por eso decidió huir
volviéndose cimarrón.

La montaña le enseñaba,
le protegió la vida,
le dio albergue y comida,
ella mucho lo amaba.
El esclavo la soñaba,
pues era su salvación
al dejar la plantación.
Él esperaba un descuido
o aprovechando un ruido
volaba en su maratón.

Tras tanta humillación,
callado urde su venganza,
pues impugnó a ultranza
su reivindicación.

Rumbo a su liberación
le dio al amo en el clavo
rehúsa ser más esclavo
y repunteando al rebenque
vuela hacia el lindo palenque
y sin llevarse ni un centavo.

Tomado de Chiriboga, L. (1999). *Palenque. Décimas*. Ecuador: Unidad de Imprenta IADAP.

Luz Argentina Chiriboga (1940). Escritora narradora, ensayista, novelista, genealogista, ecologista, lingüista y poetisa esmeraldeña, que se adentra en los problemas del ser humano. Luchadora por los Derechos humanos de la mujer afroecuatoriana y la cultura afroamericana.

Quilotoa

María del Carmen Garcés

Que querías conquistarme como lo hacen los indios, dijiste, y empezaste a lanzarme piedras mientras caminábamos por los chaquiñanes polvorientos. Y como yo seguía sin regresar a ver: “Así que estás hecha la dura”, dijiste, y la piedra golpeó suavemente mi hombro izquierdo. Yo me di vuelta y te sonreí.

Al llegar a la cumbre del cerro, me contaste la leyenda del cóndor enamorado y el rapto de la Sisa quinceañera. También me mostraste la Puerta de la Tierra, abierta en la última gran erupción del volcán que habría provocado el colapso del cráter y el surgimiento de la Laguna Verde. La voz de Violeta Parra sonaba lejana cantándole al viento y a otros elementos. Te hablé de ella, errando por cantinas de mala muerte en ese Chile sombrío de la década del cincuenta; te conté de Moscú, París y el Louvre; de su pelo suelto y de su alma apasionada.

*

—Eso mismo estoy haciendo, ¿por qué crees que estoy callado?
—dijiste, cuando te pedí que pusieras atención a la letra de un poema.

—¿Todavía tienes lo que te escribí? —preguntaste, mientras Violeta hablaba de sentires profundos como el de los niños frente a Dios.

—Sí —te contesté—, aunque no he podido volver a leer porque siento profunda nostalgia, como cuando paso por el pajonal del primer encuentro. Temo que no voy a poder liberarme de los recuerdos.

—Es que ellos vienen hacia ti, es inevitable. A mí también me pasa —fue tu respuesta.

Te conté del terremoto de 1963, que Violeta había invocado con ese telegrama absurdo: “Oh Dios, mándame un terremoto”. Y de cómo Dios le mandó un terremoto —el más devastador de la historia humana. Y ella emergiendo entre los escombros del hotel en ruinas con su guitarra en la mano. Te hablé de su pasión por un músico veinte años menor, de la partida de él para Bolivia y de la más triste canción de despedida. En ese instante, tú giraste lentamente el rostro para mirarme.

—¿Se mató por amor? —preguntaste incrédulo, como que no podías imaginar amores desgarradores de almas solitarias en medio de carpas vacías y lluvias torrenciales..

Toda la lluvia del sur

Toda la lluvia del sur

Empecé a cantar.

*

—¿Por qué crees que tú y yo nos encontramos? —preguntaste entonces.

—¿Aquella vez? —respondí.

—¿Y cuál otra iba a ser longuitaaa? —dijiste impaciente.

—No sé —musité.

—Esa noche cuando bailamos el Toro Barroso y te apreté contra mi pecho como si fuera un bolero —recordaste.

—Y luego de que terminó la danza, salimos a la tienda de la Es-
colástica a buscar más trago —continué yo. Y soplaba un viento
fuerte en el páramo y tú me dijiste abrázame y yo te abracé y tú
me dijiste abrázame más fuerte y yo te abracé más fuerte y en-
tonces empezaste a contarme que tenías el corazón destrozado
porque habías estado de novio con una mujer nueve años mayor
a ti y habían terminado.

—¿Por qué? —te pregunté.

—Por imbécil yo —contestaste.

Compramos más trago y bebimos del pico de la botella y yo te
invité a mirar las estrellas.

—Nunca nadie me ha invitado a mirar las estrellas —dijiste.

Y buscamos un lugar en medio de la paja brava, al borde del crá-
ter del volcán. Permanecemos largo rato recostados mirando el
cielo negrísimo salpicado de puntos luminosos.

—Bésame como si yo tuviera doce y tú quince —dijiste.

Y yo intenté besarte como si tuviera quince y tú doce.

—No, así no —dijiste.

Y entonces me besaste tú, como si tuvieras quince y yo doce.

María del Carmen Garcés (1958). Escritora ecuatoriana, cuentista, investigadora, tra-
ductora, guía de montaña. Sus cuentos han sido traducidos a varios idiomas y forma
parte de antologías locales y extranjeras.

El acuñador

Mario Conde

En el centro histórico de Quito, en las calles García Moreno y Su-
cre, existe una edificación monumental levantada en piedra. En
esta construcción de estilo colonial, donde se estableció la Casa
de la Moneda, funciona en la actualidad el Museo Numismático
del Banco Central del Ecuador. Se exhibe ahí toda clase de mo-
nedas y billetes que han circulado en el país desde los inicios de

su vida republicana. Sin embargo, el museo atrae la atención del público no solo por su valiosa exposición, sino también porque, se dice, en sus antiguos pasillos y salas vaga un alma en pena.

Los guardias del museo, guías y muchos visitantes dicen haber visto una aparición. Cuentan ellos, con la voz entrecortada y el rostro pálido a causa de la impresión, que primero se siente una corriente de aire frío y que enseguida surgen de la nada los ruidos de unos pasos, como si alguien caminara por detrás. Los testigos afirman que al voltearse no se ve a nadie, pero escuchan unos quejidos fúnebres. Muchas personas han salido de ahí temblando y con los pelos de punta al escuchar una voz ronca y lejana que les llama por su nombre.

Una tarde, cuando el museo estaba cerrado, un policía, que vigilaba el lugar por primera vez, escuchó una voz que venía de abajo, desde las salas de exhibición. El vigilante creyó que, de alguna manera, alguien se había quedado escondido entre los largos y angostos pasillos. Decidido a investigar, bajó las gradas en silencio. Cuando llegó al acceso de las salas dejó de oír la voz, pero, en el sitio principal del museo, en la bóveda donde hay cientos de pequeñas bolsas de tela llenas de monedas antiguas, sonaban unos ruidos metálicos, como si alguien estuviera moviéndolas.

El policía se sorprendió: aquello era imposible, pues las bolsas, ubicadas en unas estanterías empotradas en los muros a cuatro metros de altura, son inalcanzables para cualquier ser humano. El ruido terminó de convencer al vigilante de que había un ladrón, desenfundó su arma y se dirigió allí.

En la entrada de la bóveda está el objeto más llamativo del museo, una inmensa prensa de acuñación con la que se hicieron las primeras monedas de plata en el país. El vigilante se asomó con cautela y vislumbró, en la oscuridad de la sala, la silueta de la máquina iluminada por la luz tenue del pasillo. Un frío intenso le puso los pelos de punta. Por un instante pensó que encontraría al ladrón, mas, al encender las luces, no encontró nada en el interior.

El vigilante se sintió confundido. Estaba seguro de que la voz y los ruidos habían sido reales, pero la sala estaba vacía; no había un sitio posible donde alguien pudiera estar escondido. Al levantar la vista a las estanterías, halló las bolsas colocadas en su puesto. Se le ocurrió entonces que el ladrón lo había escuchado y que, a falta de tiempo para llevarse algo, había corrido a esconderse en uno de los pasillos. El vigilante no tuvo tiempo para pensar en lo que iba a hacer, pues al instante escuchó en otro lado, en un pasillo donde hay una gigantesca urna de vidrio repleta de monedas, un estruendoso ruido como si el cristal se hubiera roto y los millones de piezas metálicas se hubieran caído.

Al día siguiente los funcionarios del museo se enteraron de lo ocurrido la noche anterior. Al ver el rostro acongojado del vigilante, le contaron que los pasos, la voz y los ruidos no son imaginaciones, sino que provienen de un alma en pena que vaga por la bóveda y por la urna de las monedas.

Consta en los libros de historia el nombre de Guillermo Jamesson, hombre de nacionalidad inglesa, que fue el primer acuñador de la Casa de la Moneda. En aquellos años, el Estado ecuatoriano era tan insolvente y la falsificación tan común, que a falta de circulante se admitía dinero falso. Debido a esto, la casa emisora cerró y algunos empleados fueron a parar a la cárcel. El inglés, como ensayador principal, quedó encargado de la volante de acuñación e impidió que se falsificara con ella. Sin embargo, después de su muerte, la máquina fue utilizada con tales fines. Por esta razón, el alma de Guillermo Jamesson anda por la bóveda y por la urna del museo, en busca de las monedas falsas.

Tomado de Conde, M. (2005). *Cuentos ecuatorianos de aparecidos*. Quito: Editorial Norma S.A.

Mario Conde (1972). Periodista, catedrático universitario y escritor ecuatoriano. Entre sus obras destacan *Romería del carpintero*, *El amor es un no sé qué*, *Cuentos ecuatorianos de aparecidos*.

Si esto es un hombre

Primo Levi

Ustedes, que viven seguros
en sus cálidos hogares,
ustedes, que al volver a casa
encuentran la comida caliente
y rostros amigos,
pregúntense si es un hombre
el que trabaja en el lodo,
el que no conoce la paz,
el que lucha por medio pan,
el que muere por un sí o por un no;
pregúntense si es una mujer
la que no tiene cabello ni nombre
ni fuerza para recordarlo,
y sí la mirada vacía y el regazo frío
como una rana en invierno.
Piensen que esto ocurrió:
les encomiendo estas palabras.
Grábenlas en sus corazones
cuando estén en casa, cuando anden por la calle
cuando se acuesten, cuando se levanten;
repítanselas a sus hijos.

Si no, que sus casas se derrumben,
la enfermedad los incapacite,
sus descendientes les den la espalda.

Tomado de <https://bit.ly/2Yf6v1O> (20/12/2018)

Primo Levi (1919-1987). Escritor italiano, autor de memorias, relatos, poemas y novelas. Sobrevivió al Holocausto y fue un ferviente antifascista. Entre sus obras destacan *Si esto es un hombre*, *La tregua*, *Historias naturales*.

La langa

Cesare Pavese

Yo soy un hombre muy ambicioso y dejé muy joven mi pueblo, con la idea fija de llegar a ser alguien. Mi pueblo son cuatro barracas y mucho barro, pero lo atraviesa la carretera provincial donde jugaba de niño. Puesto que —repito— soy ambicioso, quería dar la vuelta al mundo y, llegando a los sitios más lejanos, volverme y decir en presencia de todos: “¿No han oído hablar nunca de esos cuatro techos? ¡Pues bien, yo soy de allí!”. Ciertos días estudiaba con más atención que la habitual el perfil de la colina. Después cerraba los ojos y fingía para mí estar ya lejos por el mundo, volviendo a pensar con todos los pormenores en el paisaje conocido.

Así anduve por el mundo y tuve en él alguna suerte. No puedo decir que haya llegado, más que otro, a ser alguien, porque conocí tantos que —quien por un motivo, quien por otro— han llegado a ser alguien, que, si estuviera todavía a tiempo, dejaría con ganas de devanarme los sesos detrás de estas quimeras. Actualmente, mi ambición siempre insomne me sugería distinguirme, cuando más, con la renuncia, pero no siempre se puede hacer lo que se quiere. Baste decir que viví en una gran ciudad e hice finalmente muchos viajes por mar y, un día que me encontraba en el extranjero, estuve a punto de casarme con una muchacha bella y rica, que tenía las mismas ambiciones que yo y me quería mucho. No lo hice porque hubiera debido establecerme allá lejos y renunciar para siempre a mi tierra.

Un buen día volví en cambio a casa y retorné a visitar mis colinas. De los míos ya no quedaba nadie, pero las plantas y las casas estaban, y también algún rostro conocido. La carretera provincial y la placita eran mucho más angostas de cómo las recordaba, más al ras del suelo, y solamente el perfil lejano de la colina no se había amenguado. En las noches de aquel verano,

desde el balcón del hotel, miré a menudo la colina y pensé que en todos aquellos años no me había acordado de envanecerme de ella como había proyectado. Me ocurría cuando más, ahora, enorgullecerme con viejos paisanos del mucho camino que había hecho y de los puertos y de las estaciones por donde había pasado. Todo esto me daba una melancolía que desde hacía un tiempo no experimentaba ya pero que no me disgustaba.

En estas ocasiones uno se casa, y las voces de todo el valle eran en efecto que yo había vuelto para elegirme una mujer. Diversas familias, aun campesinas, se hicieron visitar para que viese a sus hijas. Me gustó que en ningún caso trataron de aparecer ante mí distintos de cómo los recordaba: los campesinos me llevaron al establo y trajeron de beber desde la era, los burgueses me recibieron en el saloncito fuera de uso y estuvimos sentados en círculo entre los visillos pesados mientras afuera era verano. Ni siquiera éstos me desilusionaron: ocurría que en ciertas muchachas que bromeaban confundidas reconocí las inflexiones y las miradas que me habían deslumbrado desde las ventanas o desde los umbrales cuando era muchacho. Pero todos decían que era una cosa linda recordar al pueblo y volver a él como hacía yo, le elogiaban los terrenos, le elogiaban las cosechas y la bondad de la gente y del vino. También la índole de los paisanos, una índole singularmente biliosa y taciturna, era citada e ilustrada interminablemente, hasta llegar a hacerme sonreír.

Yo no me casé. Comprendí de inmediato que si me hubiera llevado a la ciudad una de aquellas muchachas, aun la más despierta, hubiera tenido a mi pueblo en casa y no hubiese podido ya recordarlo como ahora me había vuelto el gusto. Cada una de ellas, cada uno de aquellos campesinos y propietarios, era solamente una parte de mi pueblo, representaba una finca, un poder, una cuesta sola. Y en cambio yo lo tenía todo entero en la memoria, yo mismo era mi pueblo: bastaba que cerrase los ojos y me recogiese, no ya para decir "¿Conocen esos cuatro techos?", sino para sentir que mi sangre, mis huesos, mi aliento, todo estaba hecho de aquella sustancia y que entre yo y aquella tierra no existía nada.

No sé quién ha dicho que es necesario ser cautos de niños, en el hacer proyectos, puesto que éstos se realizarán siempre en la madurez. Si esto es verdad, una vez más quiere decir que todo nuestro destino está ya estampado en nuestros huesos, antes aun de que tengamos la edad de la razón.

Yo, por mí, estoy convencido de ello, pero pienso a veces que siempre es posible cometer errores que nos constreñirán a traicionar ese destino. Es por esto que tanta gente se equivoca al casarse. En los proyectos del niño no hay evidentemente nunca nada con respecto a eso, y la decisión es tomada a total riesgo del propio destino. En mi pueblo, quien se enamora recibe canciones; quien se casa es alabado, cuando no cambia en nada su vida. Volví pues a viajar, prometiendo en el pueblo que regresaría pronto.

En los primeros tiempos lo creía, tan nítidos guardaba en mi cerebro las colinas y el dialecto. No tenía necesidad de oponerlos con nostalgia a mis ambientes habituales. Sabía que estaban allí, y sobre todo sabía que yo venía de allí, que todo lo que de aquella tierra contaba estaba encerrado en mi cuerpo y en mi conciencia. Pero ahora ya han pasado los años y he postergado tanto mi retorno que casi no oso tomar el tren. En mi presencia los paisanos comprenderían que he jugado con ellos, que los he dejado hablar de la virtud de mi tierra sólo para reencontrarla y llevármela lejos. Comprenderían entonces toda la ambición del muchacho que habían olvidado.

Tomado de Pavese, C. (2007). *Leer X leer, Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Cesare Pavese (1908-1950). Escritor, poeta, novelista y traductor italiano. Autor de *Trabajar cansa, La playa, La luna y las fogatas*, entre otras obras.

En el sepulcro de la duquesa de Lerma

Luis de Góngora

¡Ayer deidad humana, hoy poca tierra;
aras ayer, hoy túmulo, oh mortales!
Plumas, aunque de águilas reales,
plumas son; quien lo ignora mucho yerra.

Los huesos que hoy este sepulcro encierra,
a no estar entre aromas orientales
mortales señas dieran de mortales;
la razón abra lo que el mármol cierra.

La Fénix que ayer Lerma fue su Arabia
es hoy entre cenizas un gusano
y dé conciencia a la persona sabia.

Si una urca se traga el océano,
¿qué espera un bajel luces en la gavia?
Tome tierra, que es tierra el ser humano.

Tomado de <https://bit.ly/2JyAths> (15/02/2018)

Luis de Góngora y Argote (1561-1627). Poeta original e influyente del Siglo de Oro español. Su obra escrita en prosa y en verso es una muestra del culteranismo barroco.

